

ROSAS Y LIRIOS

CRÓNICAS DEL COLEGIO

El repique con que la campana mayor del Colegio anuncia en los primeros días de Febrero, que han pasado las gratas e inolvidables horas de las vacaciones, para dar comienzo a las austeras disciplinas del estudio, resuena con mágico clamoreo en el corazón de los alumnos, y despierta en ellos vivas y encontradas emociones. Al penetrar por el ancho portalón al claustro silencioso, a la hora vaga e indefinible en que principian a estrecharse los horizontes, a brillar las estrellas y a ejercer la noche su imperio sobre la tierra, no se advierte en los estudiantes el alegre bullicio propio de su edad; andan todos reflexivos y pesarosos, como quien ha dejado un país de ensueño y va a intrincarse por la selva oscura de lo desconocido. Los que han estado en el Colegio en años pasados saben mitigar el dolor que produce la separación de seres queridos con consideraciones propias a levantar el espíritu y consolar el alma, pero los que a él vienen por primera vez no encuentran lenitivo a sus pesares. Las arcadas severas, los largos pasillos, los salones abiertos, les atribulan y acongojan, porque todo lo hallan mudo, porque en todo encuentran frío; porque lejos, muy lejos está lo que es más caro al corazón: el pueblo natal, la paterna casa, los mimos maternos.

En medio de pesares y tristezas, que en ocasiones suelen quebrantar los más fuertes propósitos, principia el estudiante a ver desfilar los días en perezoso andar, y como todo es indiferente en torno suyo, consuela sus angustias trayendo a la memoria horas felices pasadas en el terruño nativo: vuelve a su lugar llevado por la fantasía, descubre la casa de sus mayores, alarga la mirada por la polvosa carretera, o bien la detiene complacido en sitios de inolvidables jiras. Corre al río, penetra en sus ondas, siente sus frescuras, y escucha, como si de presente estuviera, los quiebrros y murmu-

llos de sus aguas. Vuelve en alegres comparsas a sentarse a la sombra del árbol predilecto, a la orilla de fuentes vividoras; respira de nuevo sus brisas amigas saturadas con los olores de las mieses recién cortadas y de las violetas y amapolas en flor; ve otra vez cómo se desvanece en las brumas de la tarde el humo de las viviendas; escucha el toque de oración, y vuelve, como en días venturosos, a soñar cosas indefinibles, que el espíritu presiente en la primera edad, pero que no acierta a precisar; algo en que hay colores de rosas, palabras de amor y jirones de cielo.

Y este cuadro encantado que su imaginación reproduce, hace que una sonrisa venga a jugar en sus labios, que se torne en amable su semblante antes huraño, que palpite alegre su corazón.

Empero, esta vida, alimentada así por meras alucinaciones, sería al cabo insufrible, y la dejación de los estudios, para ir a disfrutarla en la realidad, vendría a ser su remate necesario. Por fortuna, poco a poco, con una graduación imperceptible, el estudiante se va sintiendo ligado al Colegio; las arcadas no están mudas, los pasillos no están solitarios, y en los salones abiertos ya no hay frío. Los compañeros antes desconocidos principian a ser camaradas del alma; amigos de veras los superiores, y el rector no solamente amigo, sino guía, consejero y maestro. Descubre que entre aquellos muros, que antes le parecían una prisión, hay holgada libertad dentro de una estricta disciplina. Día por día recobra el contento perdido, ríe, se divierte con los compañeros; su correspondencia epistolar deja los tonos quejumbrosos; les anuncia a sus padres que ya no está triste, en el Colegio hay vida, que ha encontrado en él un nuevo hogar.

Comienza a entender, entonces, lo que vale el claustro silencioso y severo del primer día; les coge sabor a sus constituciones. La voz del rector lo inicia en las tradiciones gloriosas del Colegio; a medida que el tiempo adelanta se va sintiendo ufano y orgulloso de vestir el uniforme del rosa-

rista, de ostentar en el pecho el escudo de Calatrava. Extasiado contempla lo que antes no le llamaba la atención. Por donde torna los ojos, advierte el paso de muchas generaciones de jóvenes que, como él, vinieron un día en su marcha de peregrinos, a descansar bajo los techos de este instituto, levantado por la piedad, la grandeza y la sabiduría. Los ve salir, luego, transformados en tribunos, en guerreros, en magistrados, en sabios, en héroes que, con esfuerzos sobrehumanos, supieron arrancar de la corona de España este diamante que se llama la patria.

Pero tiene el Colegio, además de su historia gloriosa, con que gana los corazones, días que forman época en la vida de los estudiantes; fiestas íntimas como las que se celebran en el seno de la familia, las cuales se esperan con entusiasmo, se saludan con alegría y se recuerdan después con cariño.

Los primeros meses del año no habían tenido para el novel estudiante, otra novedad que la consiguiente a su nuevo género de vida, pero de repente, y sin que el orden sufra el más leve menoscabo, se presenta un movimiento inusitado entre los estudiantes. ¡Es que Mayo ha llegado! Y Mayo es mes de gratas e inolvidables fiestas en el Colegio del Rosario: es el mes en que se suceden, día por día y semana tras semana, piadosas rivalidades entre los alumnos por agrandar a la Virgen María. Los estudiantes, divididos en grupos, tienen el encargo de mantener el campo, como si dijéramos, cada semana. En corros diferentes discurren la manera de que la semana que les corresponde sea la mejor; de que su fiesta sea la más suntuosa entre todas las del mes. Los pareceres van y vienen. Uno hace la distribución del presupuesto de un modo, otro lo modifica, el de más allá lo cambia y, después de sumas y restas, todos convienen en un plan invariable y que es, a no dudarlo, el que da el resultado apetecido. El sábado por la tarde el grupo respectivo se hace cargo del altar de la capilla para arreglarlo como mejor le parezca, y este tra-

bajo que, en otras circunstancias, no pasaría de ser enojosa tarea, tiene en estas ocasiones tantos encantos, que su recuerdo se conserva, no sólo en los años de colegio, sino afuera, en el pleno mar de la vida.

La primera grata satisfacción del estudiante alférez es la de no recogerse a la hora acostumbrada; para él no suena esa noche el toque de queda. ¿Pero cómo se arregla el altar? No hay ninguno que tenga experiencia de la faena, y, sin embargo, tienen preparadas tantas cosas para embellecerlo.

Todos están a su frente, lo miden con los ojos de arriba abajo, discuten los efectos que producirán las luces colocadas de esta o de aquella manera; los contrastes que formarán las grandes con las pequeñas coronas, las cruces, las macetas y las liras; de repente un compañero audaz, terminando las vacilaciones, da comienzo al trabajo, toma la escalera y, con una impavidez que infunde miedo, va a colocar un macetón de flores en la más elevada cornisa. La obra se continúa con vertiginosa actividad; cada cual se ocupa en un menester especial y, al cabo de tres horas, aquellos improvisados artistas presentan el altar perfeccionado, embellecido. Luego, alegres, sonreídos, satisfechos, esperando con ansia el nuevo día, van a los aposentos a descansar de sus trabajos.

Viene el domingo. La mañana se presenta espléndida. Torrentes de luz inundan la capilla; nubes de incienso envuelven el altar. Los estudiantes, de riguroso uniforme, penetran en el sagrado recinto y, al entrar, van poniendo los ojos en la obra de sus compañeros.

Suena la música; principia el sacrificio. ¡Qué de emociones no se despiertan entonces! Cuántas voces interiores de aplauso, para los que supieron así, con flores y luces, embellecer el altar de la Bordadita. Cuántas plegarias calentadas en el corazón no suben a los labios de los alumnos por los padres ausentes, por el éxito en los estudios, por la patria querida, por tantas cosas, con que se delira en ese tejido

de días que se llama la juventud. De golpe suena la campanilla. La Hostia santa fulgura en las manos del sacerdote, y los estudiantes, con profundo respeto, suben a tomar parte en el banquete eucarístico. ¿Y esto se podrá olvidar? Oh! nó. Jamás. Este mes que, como dice el poeta, renueva *la campesina cruz que enfloró Mayo*, será de místicos e imperecederos recuerdos en los rosaristas, y año por año renovará en sus corazones las santas creencias que en el claustro practicaron.

ANGEL MARÍA SAENZ

LA LOTERIA

Gané, dijo un muchacho
Jugando lotería.

—Tengo uno, dos, tres números
Y aun cuatro en cada fila.

—Aguárda (un compañero
Al punto le replica),
Aguárda a cubrir todos
Los cinco de una línea.

Al que primero lo haga
El triunfo se adjudica,
Aunque no cuente en otras
Ni un ambo, ni una ficha.

Hé aquí la eterna regla
Del éxito en la vida:
Ser *todo en algo*, es logro;
Ser *algo en todo*, pifia.

No sólo en la dramática
Es la unidad ley prima;
Que todo tienda y marche
Hacia una sola mira.
Drama es cada existencia
Y cada cual su artista,
Su héroe y su empresario,
Que quiebra si no atina.

No disperséis las fuerzas
En carreras distintas,
Cargadlas todas, todas
En una misma línea,
La constancia es la suerte,
El taladro es la mina,
Y tarde que temprano,
Señores, ¡lotería!

RAFAEL POMBO

Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicase bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO — FILOSOFIA —

CIENCIAS — LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto Enero y Diciembre.

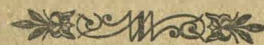
Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....	\$ 20 ...
Suscripción por año (adelantada).....	180 ..
Número atrasado.....	30 ..

Para todo lo relativo á la REVISTA, dirigirse al Administrador, Sr. D. CARLOS UCRÓS, Colegio del Rosario calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.

No se admiten remitidos ni anuncios.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico